

LA TEOLOGÍA EN LA FILOSOFÍA UTILITARISTA DE JOHN STUART MILL (II)*

JUAN RAMÓN FUENTES JIMÉNEZ

El artículo que se desarrolla más abajo es continuación del igualmente titulado y publicado en el número anterior de *Naturaleza y Gracia*. En este artículo pretendo mostrar, fundamentalmente, la idea de religión que propone John Stuart Mill, la denominada Religión de la Humanidad, donde cada individuo es sagrado y donde el colectivo de la sociedad también lo es y tiene una tarea idéntica: el trabajo por la felicidad general. Así, en Stuart Mill se unen religión, moral, felicidad y política.

PALABRAS CLAVE: Moral, Felicidad, Libertad, Religión de la Humanidad.

The article below is developed is a continuation of the same title and published in the last issue of *Naturaleza y Gracia*. In this article I will show, basically, the idea of religion proposed by John Stuart Mill, the so-called Religion of Humanity, where every individual is sacred, where the Group of society also is identical and has a job: working for general happiness. Thus, Stuart Mill unite religion, morality, happiness and politics.

KEYWORDS: *Moral, Happiness, Freedom, Religion of Humanity.*

9. DIMENSIÓN RELIGIOSA DEL HOMBRE

Ante todo hemos de decir que el asunto de la religión preocupó a John Stuart y que la religión entra a formar parte de la columna vertebral de su antropología. Si la idea clave en Mill es la de libertad, no es menos cierto que ese principio de libertad defendido por él viene sustentado en el compromiso utilitarista de nuestro autor, esto es, la libertad se inserta dentro del utilitarismo, teoría que postula que en las circunstancias que sean podemos calcular cuál es la acción adecuada, sopesando sus consecuencias, y la que nos lleva a

* NAT. GRACIA LVIII 3/septiembre-diciembre, 2011, 543-573, ISSN: 0470-3790.

una mayor felicidad. En Mill, el individuo es feliz desde su libertad, sin interferencias. Pero ese hombre milliano, feliz y libre posee una dimensión religiosa que no pasa desapercibida para Mill.

Todo ello nos lleva a plantearnos el tema del hombre y la religión; y dentro de ello es importante para nuestro autor, entre otros aspectos, comprobar si la religión proporciona al hombre felicidad, puesto que en Stuart Mill individuo, libertad, felicidad son conceptos que van unidos en su pensamiento antropológico. Abordamos ahora, con más intensidad, el concepto de religión, que en nuestro autor también es importante.

Al leer la obra de Mill nos encontramos, parece, con la constatación por parte del autor de una vivencia del individuo en desasosiego, esto es, como si la vida del individuo estuviese más salpicada de esfuerzos, trabajos y sinsabores que de esa felicidad y ese placer que persigue por naturaleza. Es la constatación de que el hombre busca permanentemente el consuelo, la esperanza. Esa búsqueda de esperanza enlaza con la felicidad, y Mill propone como ingredientes para alcanzar la felicidad una mezcla de razón y emoción, de sentimiento y razón. Es la razón, el juicio lo que hará que el hombre vaya progresando y mejorando. Es la salida de sí y la preocupación por el otro y sus intereses lo que traerá mayor felicidad al conjunto de la humanidad. Es la apuesta por la alteridad y la huida del egoísmo lo que traerá más felicidad. Y siendo los hombres felices, menos se preocuparán de otra vida futura. Esta es la posición del que fue cabeza principal de la *London Review*:

Me veo inclinado a pensar que, conforme la condición de la humanidad vaya mejorando, y los hombres sean cada vez más felices con sus vidas y más capaces de encontrar una felicidad no fundamentada en el egoísmo, irán preocupándose menos de las promesas de una vida futura. Natural o generalmente, no son los hombres más felices quienes desean con mayor ansiedad la prolongación de la vida

*presente o la existencia de otra vida después de ésta. Son precisamente los que nunca han sido felices los que tienen este deseo*⁶².

Se ve que Mill liga inmortalidad con infelicidad. Ya expusimos en el número anterior cómo Stuart Mill, desde la objetividad, valora el que para el ser humano en general la idea de inmortalidad del alma sea un asidero en el que se agarre tras la finitud biológica. Pero ahora Mill se posiciona ante esta idea y, como empirista e inductivista, si es coherente parece que ha de ser más bien agnóstico y no darle a esa idea de inmortalidad la importancia que sí tiene para el creyente que posee fe. Para Mill, como utilitarista, como hedonista social que es, la felicidad es el fin principal del individuo, no la inmortalidad de su alma. La consecución de esa felicidad por parte del individuo significa que éste tiene vida. En Mill felicidad es igual a vida, de modo que quien no la consigue, no vive; y por ello necesita de “otra vida”, otra segunda oportunidad para vivir. Es como un premio de consolación:

*Quienes han poseído la felicidad pueden soportar la idea de dejar de existir, pero tiene que ser duro morir para quien jamás ha vivido. Cuando la humanidad deje de necesitar una vida futura como consuelo de los sufrimientos de la vida presente, esa idea habrá perdido su valor principal*⁶³.

Se deja ver en estas líneas cómo para Mill alcanzar el fin, ser feliz, sólo es posible en la vida biológica. Se muestra así una concepción de la vida y la felicidad según la cual una vez que el individuo

62 Cf. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, O. c., 91. Es de notar que esta idea que defiende Mill aquí, también se encuentra presente en la visión de la religión de Augusto Comte (1798-1857), para quien la hipótesis de la existencia de Dios es cada vez más una hipótesis abandonada, en tanto en cuanto la humanidad va progresando a nivel intelectual y material. Tanto en Mill como en Comte, no es tanto un negar que Dios exista, cuanto afirmar que la hipótesis de su existencia progresivamente va siendo olvidada por la humanidad que se preocupa del progreso y que ve en el progreso (sobre todo en las ciencias en el caso de Comte) el avance, la felicidad y la solución a sus problemas.

63 O. c., 92.

logra haber experimentado la felicidad, ha vivido y, por tanto, morir no es el problema puesto que sus objetivos han sido satisfechos. Por el contrario, quienes no han vivido en el sentido de haber satisfecho sus aspiraciones, de haber expresado ideas, sentimientos, relaciones y demás, esos jamás han disfrutado de la vida y nunca han sido felices. Si además quienes así han vivido alcanzan a constatar este hecho, entonces es dramático morir para ellos puesto que han pasado por esta vida sin pena ni gloria.

Para Mill, desde su antropología religiosa, el individuo es un ser finito, acotado por un inicio y un final, que busca la felicidad en ese espacio y que no añora una inmortalidad. Un ser inmortal para Mill es una pesada losa insoportable. Para el autor de *Utilitarismo*, aunque se da la paradoja de que el individuo no quiere dejar de ser, no quiere desaparecer, a la vez se da el rechazo a la posibilidad de la inmortalidad. Mill, como buen empirista, en lo referente a “otra vida” no le cabe más que plantearse dónde está la prueba de la misma, dónde está el fundamento en el cual sustentar nuestra esperanza. Es más, el operario de la *East Indian Company* no tiene reparos en descalificar la idea sobrenatural, por tanto metaempírica, de la inmortalidad. Esa descalificación parece que tiene que ver con que ideas así son propias de mentes poco formadas e infelices. Es lo que parece desprenderse de estas palabras:

*La naturaleza humana, aunque le agrade el presente y no esté deseando dejarlo, encuentre consuelo, y no tristeza, en el pensamiento de que no está eternamente encadenada a una existencia consciente que dudosamente quisiera conservar para siempre*⁶⁴.

Por tanto, para Stuart Mill la idea de inmortalidad vale para aquellos que les proporciona consuelo y les ayuda a vivir mejor, pero desde su perspectiva personal no tiene sentido puesto que el concepto “vida” que él maneja implica otro, el de “felicidad” que comporta la realización total del individuo en esta vida terrenal. Pa-

64 O. c., 95.

rece, pues, que Mill, a quien ya observamos en el capítulo anterior que valoraba el cristianismo, ahora parece que tiene que poner objeciones al mismo.

10. OBJECIONES A LA RELIGIÓN CRISTIANA

Una de las cuestiones que preocupan a Mill es la referente al tema de los sobrenaturalismos, y en concreto al que hace referencia el cristianismo. Esa confusión que crea en él el sobrenaturalismo cristiano está sustentada en la cantidad de elementos incompatibles que éste plantea. Por una parte se defiende un mensaje esperanzador para los hombres; pero por otra se habla de condenación eterna. Y en medio de todo esto, un ser al que llamamos Padre, que ama y castiga. Probablemente influido por su padre James Mill que llegó a ser sacerdote protestante y poco después se secularizó⁶⁵, John Stuart sólo admitirá como sobrenatural una doctrina que desde luego nos recuerda a San Agustín y al maniqueísmo:

Sólo una forma de creencia en lo sobrenatural, una sola teoría respecto al origen y gobierno del universo, está absolutamente libre de contradicción intelectual y de desviaciones morales. Es la que ve la Naturaleza y la Vida no como expresión del carácter moral y del propósito de la Deidad, sino como el producto de una lucha entre el bien ordenador y la materia ingobernable, como pensaba Platón, o entre el Bien y un Principio del Mal, según se expresa en la doctrina de los Maniqueos⁶⁶.

A tenor de este fragmento parece que hay una influencia de Platón en la ontología; y podemos afirmar que ciertamente en nuestro autor existe esa visión en el mundo físico de una lucha entre el

65 Cf. J. S. MILL, *Autobiografía, O. c.*, 61. El padre de Stuart Mill rechazó siempre creer en la Revelación, afirmando que no se pueden conocer el origen de las cosas y que es imposible creer que este mundo lleno de maldad lo creara un ser infinitamente bueno. Para James Mill la religión era el mayor enemigo de la moralidad.

66 Cf. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión, O. c.*, 88.

bien y el mal, donde el ser humano juega un papel de colaborador en la obra de la creación, es el *con-creador*. La Naturaleza y la Vida aparecen como conceptos y modelos a imitar, pero esta idea viene sustentada en el argumento de que la Naturaleza es perfecta porque es imitación de la deidad. Viene a ser como si al Ser Supremo le hubiera sido imposible acabar su obra y acude al hombre para que éste la termine, también esta idea está presente en *La Utilidad de la Religión*⁶⁷.

En esta dinámica, en la que luchan las fuerzas benígnas contra las malignas dentro de nuestro mundo físico e histórico, se hace necesario observar cuál es el fin de la historia. Y sucede, como en tantas otras religiones y relatos míticos, que el fin es el triunfo del bien sobre el mal. El sentido de la historia y el fin de la misma es ese, y es algo ya previsto desde la eternidad en la mente del Ser Supremo a quien debemos todo cuanto existe en la naturaleza:

*(El ser humano) va logrando progresivamente aproximarse al último y definitivo triunfo del bien contra el mal. Esa es la finalidad hacia la que apunta la historia, y la que esta doctrina nos enseña a mirar como algo planeado por el Ser a quien debemos todo lo que de benevolente hay en la naturaleza*⁶⁸.

Todo esto que está contenido en la religión sobrenatural cristiana, además está recogido, según Mill, en una doctrina que se administra institucionalmente a los individuos, con las consiguientes implicaciones morales que se coligen de la defensa del bien sobre el mal y su posterior victoria, ya que de esta doctrina y de sus tendencias morales se siguen, en consecuencia, efectos morales positivos para los individuos que, desde la fe, crean en ellas y en el Dios que las sustenta⁶⁹.

Recordemos, como ya expusimos en el capítulo I de este trabajo, que para John Stuart Mill el Dios de su religión sobrenatural no

67 O. c., 89.

68 Cf. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, O. c., 89.

69 O. c., 89.

es todopoderoso. Mill incluso llega a rechazar “*irrevocablemente la idea de un creador omnipotente*”⁷⁰. Considera el hijo de James Mill que es posible que el creyente solucionara bastantes de las dificultades y sinsabores que le sobrevienen si asumiese que aunque su divinidad es benevolente, no es todopoderosa. De este modo no tendría que vérselas con construcciones mentales para evitar adjudicar el acaecimiento del mal a Dios o justificar un mal argumentando un bien mayor que se consigue merced a la presencia del mismo. Y la explicación que nos ofrece sobre la existencia del mal es tal que cuanto hay de mal en el universo no es achacable a Dios, no es él el culpable, sino que el mal que acontece sucede a pesar de ese Dios⁷¹. Por tanto, cabe plantearse ¿qué es lo divino? Es más bien la propia vida y cuanto la rodea la que tendría carácter de divinidad para Mill. Y dentro de ella lógicamente el individuo sería expresión de esa divinidad. Para Mill, el individuo en esa vida es el que tiene que habérselas consigo mismo, y también con los demás, a través de sus acciones, que deberían conducirse desde la libertad.

Desde la libertad que posee cada individuo sucede que cada uno puede obrar bien, pero a la vez puede obrar malévolamente; pero que, en suma, eso es algo ajeno a Dios y sucede, cuando es malo, a pesar de Él. Pensar en una intervención de Dios en el mundo para cambiar el curso de los acontecimientos, suena más bien a una idea de Dios que estaría más cerca del terreno de la magia que de la religión. Lo que se deja ver en nuestro autor es que la existencia humana es ciertamente compleja y esa complejidad hace que el ser humano para encontrar sentido a la realidad muchas veces recurra a la idea de un Ser Supremo que equilibre el fiel de la balanza de la vida biológica en otra “vida”.

En conclusión, Stuart Mill se muestra, como no puede ser de otro modo en él, tolerante con la religión cristiana, pero a la vez

70 O. c., 88.

71 O. c., 89. Así mismo, ID. *Three essays on religion*, O. c., 455, donde esta idea de que el Creador no es totalmente capaz para controlar el universo de modo total y perfecto se muestra también aquí por parte de Mill.

crítico con aspectos que le parecen chocantes, como el hecho de que exista un Dios que sancione a sus hijos por sus límites. Cierto que su actitud epistemológica y filosófica frente a la religión no es la más ortodoxa, y entonces cabe plantearse ¿qué propone Mill en la religión? Tratamos de abordar esta cuestión.

11. PROPUESTA DE UNA NUEVA RELIGIÓN DE LA HUMANIDAD

Tras exponer esto, Mill reconoce como única posibilidad frente al sobrenaturalismo cristiano la que él llama Religión de la Humanidad, si bien hemos de decir que en un autor como el nuestro, todas sus afirmaciones son mesuradas. Mill nunca dogmatizará ni eliminará otras posturas en diversos temas. En el asunto de la religión y con respecto al individuo se muestra tolerante una vez más. Stuart Mill, pese a la hostilidad religiosa en que fue formado, admite también otras religiones sobrenaturales como alternativa para el hombre, siempre y cuando le proporcionen felicidad. Así lo expresa Mill:

Pero ambos tipos de religión pueden ser predicados a la vez; y cualquier persona para quien el bien ideal y el progreso del mundo hacia el bien sea ya una religión, aunque el otro credo le pueda parecer que no está basado en una adecuada evidencia, podrá, sin embargo, dejarse invadir por el pensamiento consolador y esperanzador de que su verdad es también posible⁷².

Por lo tanto, para cualquier persona que persigue el bien ideal y el progreso del mundo hacia dicho bien, eso de suyo es ya una religión. Empero, Mill reconoce abiertamente que entre sobrenaturalismo y Religión de la Humanidad existe alguna ventaja de la primera frente a la segunda; y esa ventaja es, una vez más, de tipo metafísico y se refiere a una creencia sobrenatural:

⁷² O. c., 90. Seguramente Mill al hablar de esta clase de religión está influido por Augusto Comte, que también utiliza ese término al hablar de religión.

*Hay algo, ciertamente, en lo que las religiones sobrenaturales aventajan a la Religión de la Humanidad: la promesa que se le hace al individuo diciéndole que existe otra vida después de la muerte*⁷³.

Mill ante esta situación se declara escéptico, a diferencia de su padre cuyo posicionamiento raya más en el ateísmo fundamentado en la inutilidad de ninguna de las religiones para con los individuos. El escepticismo de Mill se fundamenta en el reconocimiento de esa posibilidad de vida tras la muerte; pero sólo como posibilidad, nunca como dato cierto y de convicción:

*Pues aunque el escepticismo del entendimiento no excluye necesariamente la tendencia teísta de la imaginación y de los sentidos, la cual permite albergar la esperanza de que un poder que ha hecho ya tanto por nosotros también quiera y pueda hacer algo más, esta vaga posibilidad nunca tendrá la fuerza de una absoluta convicción*⁷⁴.

Es evidente en estos parágrafos que citamos de Mill que su influencia del espíritu positivista le lleva a afirmaciones, en esta cuestión de la religión en general y de la Religión de la Humanidad en particular, de tipo positivo. Su influencia empirista, de Hume, y positivista, de Comte, son palpables. Es decir la religión sobrenatural tiene ventaja frente a la religión positiva de la humanidad sencillamente porque esta última caería en contradicción al admitir la existencia de una vida más allá de esta física sin la oportuna demostración y explicación rigurosa. Por eso, él afirma que esa posibilidad no tiene categoría de absoluta convicción.

En Mill, desde la Religión de la Humanidad que propone, el individuo es un ser para la muerte y no hay otra vida más allá de esta biológica. Para Mill la Religión de la Humanidad supone la difusión de un sentido de unidad de todas las personas, así como de un profundo sentimiento por el bien común. La Religión de la Humanidad exige un componente pedagógico, de educación, que haga

73 O. c., 91.

74 O. c., 91.

que el individuo asuma su finitud sin angustia. Es más, Mill cree que se llegaría a ese punto; y que lo realmente angustioso de morir son las circunstancias que rodean al propio acto de fenecer del cual es protagonista cada individuo:

El mero dejar de existir no es un mal para nadie. La idea que resulta aterradora es la que se forja la imaginación al fabricar esta fantasía: la de imaginarnos como seres vivos, sintiéndonos al mismo tiempo muertos. Lo odioso de la muerte no es la muerte misma, sino el acto de morir y sus lúgubres circunstancias⁷⁵.

Quiérase o no esta idea expuesta por Mill, esta reflexión en torno a lo que supone morir, entendido como cesación del ser biológico, casa perfectamente con la teología cristiana. En cristiano, y en humano, la vida es puro tránsito; la existencia del ser humano no es más que una pura interinidad en este mundo biológico en el cual dicha existencia humana para ser auténtica ha de ser existencia de donación con y por los demás. El cristianismo permanentemente postula y predica esa idea de que morir no es un mal para nadie y que lo de verdad resulta espantoso es la ficción mental que construye la mente humana en torno al hecho de morir, y eso lo subraya Mill puesto que es un empirista y, como tal, reconoce que las percepciones sensibles de las personas ante el hecho de la muerte son percepciones que generan tristeza, amargura, duelo y desasosiego, todo ello provocado por la nueva situación que se genera con el acontecimiento de la muerte, situación que resulta insondable para el ser humano; que resulta desconocida; y es lo desconocido lo que siempre provoca temor y temblor en el ser humano, cuánto más si se trata del hecho irreversible de la muerte.

La distancia entre este pensamiento milliano y el cristianismo estriba en que para el cristianismo sí que existe otra “Vida” frente a esta “vida” acotada por un inicio y un fin. Stuart Mill sí reconoce la auténtica ventaja que tiene la religión sobrenatural sobre la Religión de la Humanidad, a saber, la promesa de otra vida después de la

75 O. c., 92-93.

muerte⁷⁶. En este punto es donde Stuart Mill no llega, como consecuencia de su falta de fe. Por lo tanto, en un plano de felicidad nada despreciable resultaría que los individuos se sentirían libres hasta el punto de no experimentar angustia por su finitud.

Es precisamente aquí donde se puede concluir lo que es la confesión de fe de Stuart Mill. Esta confesión de fe por parte de Mill se refiere a fe en la Religión de la Humanidad, cuyas promesas reúnen las condiciones de una auténtica religión. No en vano John Stuart afirma que *“The essence of religion is the strong and earnest direction of the emotions and desires towards an ideal object, recognized as of the highest excellence, and as rightfully paramount over all selfish objects of desire”*⁷⁷. Realmente, todas estas promesas son para Mill mucho más satisfactorias que las que propone la religión ortodoxa.

La religión ortodoxa, sea cristiana o de otro credo, plantea que el ser humano actúe desinteresadamente a favor de los demás; pero este planteamiento es en orden a un fin, la salvación en otra vida más allá de esta biológica. Es decir, para Mill las religiones sobrenaturales defienden el altruísmo como medio para un fin y no como un fin en sí mismo. Lo que para Stuart Mill diferencia notablemente a las religiones oficiales sobrenaturales de la Religión de la Humanidad es que ésta sí que postula el cultivo de los sentimientos de desprendimiento personal y altruísmo por ellos mismos, y sin esperar una recompensa en otra vida⁷⁸.

76 Cf. J. S. MILL, *Essays on ethics, religion and society*, O. c., 429: *One advantage, such it is, the supernatural religions must always possess over the Religion of Humanity: the prospect they hold out to the individual of a life after death.*

77 O. c., 422.

78 O. c., 427: *This is a radical inferiority of the best supernatural religions, compared with the Religion of Humanity: since the greatest thing which moral influences can do for amelioration of human nature, is to cultivate the unselfish feelings in the only mode in which any active principle in human nature can be effectually cultivated, namely by habitual exercise: but the habit of expecting to be rewarded in another life for our conduct in this, makes even virtue itself no longer an exercise of the unselfish feelings.*

Se puede ver cómo los sentimientos juegan un papel relevante en el marco de la Religión de la Humanidad. Sentimientos de desinterés, alejados de cualquier acto de egoísmo. Son esos sentimientos el epicentro de la Religión de la Humanidad, la cual es caracterizada por Stuart Mill como una religión que *“Es desinteresada. Saca los pensamientos y sentimientos fuera del yo, y los aplica a un objeto altruista que se ama y se persigue como última finalidad de un valor intrínseco”*⁷⁹. Son, tales sentimientos en sí mismos, una religión auténtica. En una religión así, en la Religión de la Humanidad las buenas obras han de ser miradas como fruto de dicha religión. La esencia de lo religioso es una fuerte y determinada orientación de las emociones y deseos hacia un objeto ideal. Esta condición es cumplida por la Religión de la Humanidad en un grado tan eminente o más como puedan cumplirlo las religiones sobrenaturales⁸⁰.

Se percibe una unión entre los sentimientos de desinterés, de alteridad, de preocupación por el otro como por uno mismo, con la vida social que se articula desde normas sociales y morales. Así, en Stuart Mill y desde la Religión de la Humanidad, se contempla una panorámica que hibrida Religión de la Humanidad, sociedad, política y moral.

La Religión de la Humanidad es presentada por Mill como el ideal capaz de colmar las más altas aspiraciones de los de nuestra especie. Una religión que permita al género humano progresar hacia la perfección individual y social, muy al gusto del XIX. El cultivo de este tipo de religión habrá de insertarse en el ámbito educativo y por ello desde temprano deberá estar presente en los individuos. Gracias a todo ello el individuo hará de su vida una existencia en la

79 Cf. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, O. c., 82.

80 Cf. J. S. MILL, *Essays on ethics, religion and society*, O. c., 426: *To call these sentiments by the name morality, exclusively of any other title, is claiming to little for them. They are a real religion; of which, as other religions, outward good works are only a part, and are indeed rather the fruits of the religion than the religion itself. This condition is fulfilled by the Religion of Humanity in as eminent a degree, and is a high a sense, as by the supernatural religions even in their manifestations, and far more so than in any of their others.*

que su preocupación no sea él mismo sino las generaciones futuras. Ello hará que no viva tan obsesionado con la salvación futura. La profesión de la Religión de la Humanidad, según Stuart Mill, hará que los individuos no vivan en la obsesión de una vida después de la biológica; y hará, en definitiva, que tras el tránsito que es esta vida se entreguen al descanso eterno sin drama alguno⁸¹.

Por lo tanto, la Religión de la Humanidad, la nueva religión, debería ser profesada con la misma devoción, con la misma intensidad con que se profesan otros cultos como el católico, islámico o el que fuere. Pero es que además Mill aquí vuelve a apuntar a la educación como elemento fundamental para conseguir esa profesión por la Religión de la Humanidad.

Junto con la educación parece que tiene sentido plantearse la cuestión referente a las relaciones que se dan entre la religión y la moral, dado que toda religión posee un conjunto de valores, en tanto que referencias, a partir de los que emergen normas de acción para los individuos.

12. MORAL Y RELIGIÓN

Mill sitúa el poder de la religión en el campo de la moral. Para el operario de la *Compañía de Indias Orientales*, la religión ha estado excesivamente preocupada por el individuo en todo su conjunto, y sobre todo ha querido el control de su conciencia y de todo cuanto la persona ejecuta en su vida en sus distintos órdenes. El dominio espiritual que la religión ha tenido una resonancia importante en el

81 O. c., 430: *But if the Religion of Humanity were as sedulously cultivated as the supernatural religion are, all who had received the customary amount of moral cultivation would up to the hour of death live ideally in the life of those who are to follow them: and though doubtless they would often willingly survive as individuals for a much longer period than the present duration of life, it appears to me probable that after a length of time different in different persons, they would have had enough of existence, and would gladly lie down and take their eternal rest.*

ámbito de la moralidad individual y también colectiva. Ello se deja ver en Mill cuando señala:

...La religión, habiendo sido gobernada casi siempre por la ambición de jerarquía y por un anhelo de gobernar todos los departamentos de la conducta humana, o por un espíritu de puritanismo, es uno de los más poderosos elementos que han contribuido a la formación del sentimiento moral. Algunos de los reformadores modernos, entre los que más violentamente han atacado a las religiones del pasado, no se han quedado atrás con respecto a las iglesias y las sectas, al afirmar el derecho a un dominio espiritual⁸².

Parece evidente, tras la afirmación de Mill que la religión es un poderoso factor que forma el sentimiento moral, que existe una clara ligazón en el pensamiento de nuestro autor entre religión y moral. Y dado que por medio de la ética, de la moral, el individuo persigue en sus acciones alcanzar la felicidad, tendría sentido entonces afirmar que la religión trata de presentarle al individuo un camino para conseguir esa felicidad y mostrarle cómo debe conducirse. Desde aquí será desde donde Mill le dé a la religión una dimensión práctica, como apunta en *La Utilidad de la Religión* el autor de la Introducción, Carlos Mellizo:

La religión es aquí considerada por Mill como “actividad” práctica, capaz de producir en el ánimo estados de felicidad o de desdicha, esto es, como fuente de placer o de dolor moral⁸³.

El afirmar de la religión que es una actividad práctica es un argumento crucial en el pensamiento milliano; y además nos lleva a hablar de la religión en clave de utilidad. El propio Mill entiende que en el debate en torno a la religión siempre ha existido una honda preocupación por la cuestión de la verdad, mientras que a él le interesa la utilidad de la misma. Y ello porque para Mill, si la religión es verdadera, se sigue de ella su utilidad, ligando así verdad y utilidad.

82 Cf. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, O. c., 56.

83 Cf. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, O. c., 19.

Según Mill, lo que ha pasado en este debate es que la utilidad de la religión cada vez se hace más necesario demostrarla, puesto que los argumentos que se han exigido sobre su verdad cada vez son menos convincentes⁸⁴.

Todo ello probablemente explique el progresivo abandono de la creencia en la existencia de Dios. Esto es muy propio también de Comte. John Stuart Mill trata de poner de manifiesto en un análisis de su ensayo que si la religión presta un servicio al bien común, a la sociedad, entonces será útil. Si por el contrario, no presta tal servicio entonces no será útil. Pero todo ello no es obstáculo para que el propio Mill reconozca la validez moral que tiene la religión. La religión es plausible desde un punto de vista moral, e incluso el patrimonio moral de las personas nos lleva a la religión. Así, parece que religión y moral se unen. Pero lo importante en Mill es mostrar cómo, del mismo modo que objeta a la religión cristiana, también hace objeciones a la moral cristiana.

John Stuart Mill lo que hace es una crítica a la moral cristiana por entender que lo que se da en el cristianismo es una fractura moral. Por una parte se citan una serie de verdades sagradas, de leyes (en el Nuevo Testamento) que indican al creyente cristiano cómo conducir sus acciones en su vida. Y el creyente las asume, las cree sin ningún problema, les manifiesta el respeto propio de la sumisión de fe. Pero por otra parte el hijo del que fuera sacerdote, James Mill, entiende que casi nadie se conduce conforme a esos dictados y sí conforme a la fuerza de la costumbre social, por ello afirmará:

Quando se observa cómo profesa el cristianismo la mayoría de sus fieles, se llega a pensar que doctrinas capaces de producir la más profunda impresión en el alma, pueden permanecer como creencias muertas, sin que jamás las comprendan la imaginación, los sentimientos o el entendimiento⁸⁵.

84 O. c., 33-34.

85 Cf. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, O. c., 97.

De este modo, esos indicadores morales estarían ahí como mojonos en el camino de cada individuo. Pero después cada individuo dirige su vida más influenciado por la costumbre, con lo cual poco o nada tienen que hacer esas leyes sagradas, ese decálogo en el interior del hombre. Quizá lo que falte para ello es que realmente todo cuanto Dios da al cristiano lo importante sería que nos emocionase en el más estricto sentido etimológico del término, esto es, que nos moviese a obrar conforme a ello. Pero para esto se hace necesaria la conversión personal, y eso puede durar toda la vida:

No tienen las doctrinas nada que hacer con los creyentes ordinarios. Tienen ellos un respeto habitual para el sonido de las palabras que las enuncian, pero carecen del sentimiento que penetra en el fondo de las cosas y que fuerza al espíritu a tomarlas en consideración. Siempre que de conducta se trata, los hombres dirigen la mirada en derredor suyo para saber hasta qué punto deben obedecer a Cristo⁸⁶.

Tras esta visión puede parecer que Mill se presenta como enemigo acérrimo del cristianismo. Nada más lejos de su intención, ya que si bien es verdad que hace crítica de esa fractura moral que hay en quienes se dicen creyentes, que por un lado prestan oídos a las leyes que emergen de la religión cristiana, pero en la praxis personal su actuar está lejos del cumplimiento de las mismas, no es menos cierto que Mill hace también una valoración positiva del cristianismo, esa valoración positiva es la del cristianismo primigenio, el de las primeras comunidades. Ahí sí que había sintonía entre lo que se predicaba y el modo de actuar de los creyentes; había verdadera fe en el modo de vida de los primeros cristianos, que verdaderamente se amaban.

Tras lo antes expuesto, podemos concluir que Mill al realizar toda esta crítica al cristianismo, a sus enseñanzas morales, a su fractura moral, a las verdades que enseña, termina vinculando la inteligibilidad de las verdades del cristianismo con el ámbito de la fe,

⁸⁶ O. c., 97-99. Esa fractura de la que hablamos es la expresión de la que su padre le había inculcado en sus primeros años, como se ve igualmente id., *Autobiografía*, O. c., 62-63, donde James Mill manifiesta la incongruencia de la religión: la existencia del mal en un mundo creado por un ser infinitamente justo y bueno.

más concretamente con la experiencia personal de cada individuo. Además, su valoración de la religión cristiana de modo positivo cobra gran relieve si tenemos en cuenta la época en que él vivió, invadida por los avances científico-tecnológicos; y también si consideramos que un librepensador como él de corte empirista, agnóstico y liberal se atreve a poner al cristianismo en su sitio. Sólo desde la experiencia de cada persona pueden entenderse acciones que responden a creencias que no tienen que ver con los sentidos, por eso Mill afirmará que: “*Hay muchas verdades de las que no se puede comprender todo su sentido más que cuando la experiencia personal nos lo enseña*”⁸⁷. Y esa experiencia personal comporta un actuar del individuo, que si es cristiano es lógico lo haga desde una moral del mismo tenor. Por eso cobra sentido en Stuart Mill el planteamiento sobre qué es la moral cristiana.

13. ¿QUÉ ES LA MORAL CRISTIANA PARA STUART MILL?

En *Sobre la Libertad*, el propio Stuart Mill quiere delimitar lo que se entiende por moral cristiana. Y sobre esto conviene señalar que más arriba hemos apuntado que lo que comúnmente se entendía era todas las normas sobrevenidas del Nuevo Testamento. Pero esta posición es puesta en duda por el propio Mill, que no ve tan claro que la moral cristiana emerja del Nuevo Testamento, antes bien lo que es bueno, lo que es malo, es anterior al Evangelio y a los libros neotestamentarios. Mill duda mucho que la intención del autor del Nuevo Testamento fuera moral, de prescribir cómo comportarnos. Y sobre todo, lo duda porque para Mill, como para muchos de nosotros hoy, la lírica salpica muchos de los contenidos de esos Libros; y la razón no está siempre tan presente como se quisiera. Las cosas no están tan claras como en muchas ocasiones algunos quieren imponer. Así parece que lo entiende Mill:

87 O. c., 100.

Sería de desear que quedase bien determinado lo que se entiende por moral cristiana. Si por ello se entiende la moral del Nuevo Testamento, me asombra que cualquiera que haya obtenido en tal libro su ciencia, pueda suponer que fue concebido o anunciado como una doctrina completa de moral. El Evangelio se refiere siempre a una moral preexistente, y limita sus preceptos a aquellos puntos particulares sobre los que esta moral debía ser corregida o reemplazada por otra más amplia y más elevada. Además, se expresa siempre en los términos más generales, a menudo imposible de interpretarlos literalmente, y siempre con más unción poética que precisión legislativa⁸⁸.

Tras este fragmento podemos colegir que aún no nos ofrece Mill una delimitación clara de lo que es moral cristiana. Será más adelante cuando el propio Mill identifique esta moral con lo que vendría mejor en denominarse moral teológica, siendo, por ello, algo que se ha formado al socaire de la Iglesia cristiana, sobre todo, durante los cinco primeros siglos, habiendo sido modificada mínimamente por los individuos⁸⁹.

Mill realiza otra crítica en su deseo de determinar claramente lo que es la moral cristiana. Y en esa visión se mueve entre la aprobación global y las matizaciones particulares. La moral cristiana, para Mill contribuye mucho al desarrollo moral de Europa, si bien la entiende como una actitud reaccionaria frente al paganismo. Llama a la virtud personal, pero solicita absoluta sumisión y obediencia en los individuos; sanciona las actitudes sexuales casi en su totalidad y sin embargo llama al amor, todo ello en un discurso ambiguo y muy general. Tal es la visión de Mill:

Sería yo el último en negar lo mucho que la especie humana debe a esta moral y a los primeros que la extendieron por el mundo, pero me permito decir que, en muchos aspectos, es incompleta y exclusiva; y que si las ideas y sentimientos que ella no aprueba no hubieran contribuido a la formación de la vida y al carácter de Europa, todas las cosas humanas se ballarían actualmente en mucho peor estado

88 O. c., 109.

89 O. c., 109.

de lo que en realidad están. La llamada moral cristiana tiene todos los caracteres de una reacción, contra el paganismo; en sus preceptos abunda más el “no harás” que el “debes hacer”. En su horror a la sensualidad ha hecho un ídolo del ascetismo. Es esencialmente una doctrina de obediencia pasiva; inculca la sumisión a todas las autoridades constituidas⁹⁰.

En su descripción de lo que es la moral cristiana, Mill acentúa la dimensión prohibitiva que posee dicha moral, siendo ese permanente “no harás” el denominador común de los preceptos morales cristianos. Tiene capital importancia esa sentencia por cuanto que en el pensamiento de John Stuart Mill ello supone la intromisión en la esfera privada del individuo, en su reducto más íntimo y sagrado, esto es, la libertad.

Es por esto por lo que Mill ve en la moral cristiana un excesivo celo en la obediencia sin más. Y eso le hace colegir que cuantas virtudes existen en los individuos tales como elevación del espíritu, dignidad personal u otras, provienen más bien de las culturas clásicas de Grecia y Roma, las cuales se anticipan en el sentido de lo público y lo ciudadano al cristianismo. Así mismo, para Mill la idea de la moral cristiana, que defiende el amor al prójimo, tiene su correlato en la moralidad pública en el interés por el bien del otro o bien común. Bien, pues ese interés antes que en el cristianismo, Mill lo percibe en las civilizaciones clásicas: *“Si la idea de obligación hacia el público ha llegado a ser una realidad en la moralidad moderna, fue entre los griegos y los romanos donde se anticipó y no en el cristianismo”⁹¹.*

Podemos, por tanto, concluir que las culturas llamadas paganas se preocuparon de educar en comprometer al individuo con lo público; y esto después penetró en Occidente por medio de San Agus-

90 O. c., 110.

91 O. c., 111. Se deja ver cómo influyó en Mill la lectura, de niño, de los clásicos griegos y latinos, donde se ponen de manifiesto sentimientos de honor, elevación del espíritu, dignidad, dignidad del otro y demás. Para ello *Ib.*, *Autobiografía*, O. c., 37 y ss.

tín, primero, y después de la mano de Santo Tomás, previo paso de los filósofos árabes.

Lo que ciertamente parece en Mill es que establece una ruptura entre lo que pregona la iglesia cristiana a nivel moral y el Evangelio, la predicación de Cristo. Pareciera que ambos, Cristo y la Iglesia, van por sendas diferentes. En esa dicotomía, Mill salva a Cristo entendiendo que las enseñanzas de Cristo en modo alguno tenían la pretensión de verdad absoluta, sino la de orientaciones generales. Y esas enseñanzas eran suficientemente abiertas para ser confrontadas con otras morales; en tanto que sí parecen tener esa actitud los dogmas cristianos.

Mill niega que el cristianismo sea una moral de pretensión universal. Para el autor de *On Liberty* nunca, en la configuración moral del individuo y en la formación del carácter de los individuos, debe existir un solo enfoque moral y que además sea religioso, antes bien, el modelo ético religioso debe convivir con modelos éticos seculares, aportándose unos y otros lo que mejor les convenga. Sublimar la moral religiosa como lo único para el individuo implicaría formar individuos deficientes moralmente:

*Considero como un grave error el querer encontrar en la doctrina cristiana la regla completa de conducta, cuando la verdad es que su autor no quiso detallarla por completo [...]. Mucho me temo que, al tratar de formar el espíritu y los sentimientos sobre un tipo exclusivamente religioso y al tratar de descartar los modelos seculares que coexistían y suplementaban la moral cristiana, [...], llegue a resultar de todo ello, si no está resultando ya, un tipo de carácter bajo, abyecto, servil. Creo que otras éticas, diferentes de la puramente cristiana, deben coexistir con ella para producir la regeneración moral de la humanidad*⁹².

Se deja ver aquí una idea de “católico” en el sentido etimológico del término⁹³ que, ciertamente, tolera, acepta y acoge abiertamente

92 O. c., 111-112.

93 El término griego significa literalmente “según todos los aspectos”.

a los individuos “según todos los aspectos”. Por ello, la diversidad juega un papel clave en el pensamiento de Mill. Hay que indicar que el utilitarismo como doctrina de la mayor felicidad participa de esos valores cristianos. Pero no es menos cierto que Cristo predicó como programa de vida de cada individuo el apego a esos valores. Ese apego sólo se produce desde una experiencia de vida envolvente, desde la conversión personal de lo más íntimo de cada ser en su urdimbre interior, esto es, desde la conversión de la conciencia.

Del mismo modo, podemos afirmar que en el autor de *La Utilidad de la Religión* acontece otro tanto: sólo desde la conciencia interior formada, convertida, impelida y seducida por el bien de los demás, sólo desde esa actitud que es sentimiento puede cada individuo identificarse con el programa de vida utilitarista que busca la felicidad de todos y cada uno, desde la acción moral. Ese es el fin, esa es la auténtica religión. Por eso parece que moral, religión y felicidad se unen en Stuart Mill, siendo la conciencia moral fundamental en este aspecto.

14. FELICIDAD, MORAL Y RELIGIÓN

Al hablar de la conciencia John Stuart Mill entiende que la esencia de ésta es un sentimiento. “*Este sentimiento cuando es desinteresado y se relaciona con la idea pura del deber y no con alguna forma particular del mismo, constituye la esencia de la conciencia*”⁹⁴. Con todo ello, a donde quiere llegar Mill es a la explicación del origen de la sanción última del criterio de utilidad. ¿Cuál es el sentimiento al que apela la doctrina utilitarista para que el hombre en la acción obre desde el deber utilitarista? El sentimiento del bien común, de preocuparse por el otro como por uno mismo.

Esos sentimientos morales a los que alude Mill, hay que plantearse si son connaturales al individuo o más bien son un equipamiento

94 Cf. J. S. MILL, *El Utilitarismo*, O. c., 78-79.

que incorporamos después. Sobre esta cuestión, Mill es claro y entiende que los sentimientos morales son adquiridos, no innatos. Por lo tanto, la facultad moral no pertenece a la naturaleza humana, sino que más bien es un producto de la naturaleza humana⁹⁵. Por lo tanto, podemos concluir que el utilitarismo tiene una base sentimental emotiva. Y el sentimiento principal en ese sentido es el sentimiento social de la humanidad, o lo que es lo mismo, el sentimiento por el bien común, por el interés de todos.

Ese sentimiento social de la humanidad, que, bien entendido, nos lleva a la felicidad general, es la llave que abre los sentimientos de cada individuo y hace que cada uno se interese por los demás y por sus circunstancias como si fueran las propias. Ese sentimiento supone que los individuos salgan de su reducto personal para encontrar en el otro y en sus intereses un motivo para actuar moralmente:

*En la medida en que cooperan los hombres sus fines se identifican con los de los demás. Se produce, al menos, un sentimiento provi-sional de que los intereses de los demás son sus propios intereses*⁹⁶.

Ese sentimiento social, hedonismo social, es tan relevante para Stuart Mill que, como bien indica él, es “*la sanción última de la moralidad de la mayor felicidad*”⁹⁷. Así, el ser auténticamente moral no puede soslayar al otro, que sale a su encuentro y le impele a que lo considere como a sí mismo. Tan importantes son los sentimientos para John Stuart que éste quiere darles mayor categoría que la que proporciona la etiqueta moral. Y el autor los sitúa en el terreno de lo que llama verdadera religión. Esto conecta con la idea de religión y con la esencia de la misma, en relación a sentimientos y emociones. Así esos sentimientos son más que moralidad, son una religión⁹⁸.

95 O. c., 82.

96 O. c., 84.

97 O. c., 87.

98 Cf. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, O. c., 80. Esa verdadera religión es la denominada por Mill Religión de la Humanidad. Para Mill englobar esos sentimientos sólo como algo moral resulta insuficiente, son religión; y así la esencia de la

Así, Mill ha llegado desde la moralidad a la religión pasando por los sentimientos. Y así es cómo él nos llega a apuntar la función de la religión como una función que guarda total relación con la consecución y promoción del bien común, hasta el punto de que éste puede constituirse en principio rector de la función de la religión. Se trata de un principio nada revestido de sobrenaturalismo, criticado siempre por Stuart Mill, y capaz de satisfacer las necesidades de todos; y por ello merece ser llamado religión. Pero observemos que ese título Mill se lo otorga al principio del bien común. Esa sería la función de la religión, una Religión de la Humanidad:

El sentido de unidad con el género humano y un profundo sentimiento por el bien común pueden cultivarse hasta el punto de constituir un principio que satisfaga todas las funciones importantes de la religión y que pueda con justicia apropiarse ese nombre (...). Ahora mantendré que dicho principio no sólo es capaz de satisfacer esas funciones, sino también de hacerlo mejor que cualquier forma de sobrenaturalismo. No es que únicamente tenga derecho a que se le llame religión, sino que es, en rigor, una religión mejor que cualquier otra a la que ordinariamente se atribuye ese título⁹⁹.

Y esa religión, en rigor, es la Religión de la Humanidad, la cual tiene como connotación moral la preocupación por las consecuencias de las acciones y por el bien general. Resulta importante traer aquí el aspecto de la religión en relación con la felicidad del individuo porque John Stuart Mill trata de poner a la religión en relación con el individuo y de buscarle un papel dentro de la libertad y felicidad del individuo.

El individuo para Mill es feliz, entre otros aspectos, si puede expresarse libremente; si puede dejar fluir sus ideas, talento e ingenio libremente. Sólo así una sociedad puede ser realmente feliz. Para Stuart Mill la religión, como el arte o la poesía, puede proporcionar

religión guarda relación con mover los sentimientos de los individuos hacia un bien que sea común para todos y bueno para todos.

⁹⁹ O. c., 81.

al hombre ideas que trascienden las que de hecho le ofrece la vida humana; es más, el hijo de James Mill considera la religión como elemento importante e integrable dentro de la educación, lo cual llama la atención frente a la educación que él recibió. Tal es la postura de Mill frente a la religión en el ámbito educativo, que ya en pleno siglo XIX afirma que: “*No habría ningún obstáculo a que se les enseñara [a los niños] religión, si sus padres lo querían, en las mismas escuelas en que se les enseñara las demás cosas*”¹⁰⁰. O incluso llama la atención en el terreno educativo y de instrucción de la religión la afirmación milliana siguiente: “*Tampoco existe objeción razonable a que un ateo sea examinado sobre las pruebas del cristianismo, siempre que no se le obligue a creer en ellas*”¹⁰¹.

Por lo tanto “*el valor de la religión en el individuo como fuente de satisfacción personal y de elevados sentimientos ha sido y es algo indiscutible*”¹⁰². Se trata, pues, de ver si realmente el hecho religioso contribuye a perfilar al individuo y a la sociedad. Y si es así, entonces resultará que la religión es útil porque contribuye a aumentar nuestra felicidad. Se trata por ello de que el elemento religioso, igual que el poético o el artístico, satisfaga la misma necesidad que tienen todos los individuos, esto es, “*procurar ideas o conceptos más grandiosos y más bellos que los que vemos realizarse en la vida prosaica de los hombres*”¹⁰³. Es por medio de esas ideas y de su circulación y expresión libre como se puede lograr individuos libres y sociedades más libres y felices. Así, en el pensamiento milliano resulta que la religión aparece como “*producto de un hambre por saber si esas concepciones imaginativas se corresponden con otras realidades que existen en otro mundo distinto del nuestro*”¹⁰⁴.

Así pues, con ello podemos afirmar que la religión es considerada por Mill como actividad práctica, capaz de producir en el áni-

100 Cf. J. S. MILL, *Sobre la Libertad*, O. c., 202.

101 O. c., 202.

102 Cf. J. S. MILL, *La Utilidad de la Religión*, O. c., 42.

103 O. c., 73.

104 O. c., 73.

mo estados de felicidad o de desdicha. Es decir, la religión termina siendo una fuente de placer o de dolor moral. Para Mill siempre en nuestra acción hay que tener presente en el horizonte el que esa acción proporcione felicidad todo lo más que se pueda y el menor dolor posible. Ello hace que en el individuo exista por naturaleza una capacidad de querer progresar y mejorar, que le lleva a querer satisfacer cualquier demanda de sus aspiraciones siempre y cuando éstas sean razonables y no perjudiquen a nadie.

15. CONCLUSIONES GENERALES

Tras esta exposición relativa a la consideración de la Teología por parte de Stuart Mill, desde su pensamiento filosófico utilitarista, cabe establecer una serie de consideraciones finales en torno a este segundo capítulo referentes a cómo entiende este filósofo, empirista, las cuestiones teológicas más importantes y el papel de la religión en general.

Para Mill la religión tiene un sentido de utilidad, y es posible creer en algo siempre y cuando la religión en cuestión apunte hacia algo beneficioso y agradable. Y en este aspecto para Mill la libertad del individuo y todas las connotaciones que ella implica suponen un elemento de felicidad, de belleza, de utilidad. Si la religión lo que hace es amedrentar, infundir temor, entonces lo que sucederá es que los individuos se volverán temerosos e individualistas, narcisistas, preocupados de sí mismos y no del interés general. Sólo si la religión implica preceptos beneficiosos es adecuado y laudable el seguir esas creencias.

Cuando Stuart Mill se posiciona en una Religión de la Humanidad, está señalando que el eje fundamental para que los individuos se afanen por el bienestar de todos, incluidas las generaciones que les sucedan, es la educación moral. Se trata de educar a los individuos para la acción, para que sus conductas y actuaciones estén dirigidas por un motor y hacia un fin, a saber, el bien de la humanidad

que es algo sagrado. Esa tarea, cultivada así, debería proporcionar tal satisfacción a los hombres y mujeres de las distintas épocas que no vivirían angustiosamente el fin de su existencia, más bien experimentarían la satisfacción del deber cumplido; sentirían que han contribuido con sus acciones a construir un mayor sentido de unidad entre los seres humanos, presidido por un desinteresado logro del bienestar general, absolutamente compatible con el programa utilitarista y con la idea de libertad del individuo.

Con todo esto, Mill pone de manifiesto que la religión no es mala, con todo lo relevante que esta afirmación en un filósofo empirista y en su época; ni se trata de mantener ante ella una postura de hostilidad. Nuestro autor objeto de estudio, con un pensamiento como vamos viendo altamente tolerante y respetuoso, entiende que si la religión ayuda a que los individuos vivan más felices, disfrutando de una felicidad y un goce solidario y de una libertad del mismo tenor, entonces es algo útil, bueno, bello y que hay que potenciar.

La religión debe respetar la libertad individual y promoverla, incluso alzándose como denuncia profética ante los desmanes de los gobiernos; debe ser mensaje de liberación de toda alienación que domina al individuo, que lo hace cretino, mezquino, egoísta. La religión se erige así en el pensamiento milliano, como un elemento básico desde la antropología, desde la ética y desde la libertad. La religión debe ayudar a construir individuos y sociedades más felices y solidarias, que piensen más en que lo importante es el bien general, el bien de las generaciones que tras nosotros deberán continuar haciendo un mundo mejor.

Sólo así, la religión parece que proporciona placer y felicidad. Y sólo en sentido contrario, las distintas religiones son discursos que menoscaban y cercenan la libertad del individuo, y que hacen de la existencia de éstos un auténtico valle de lágrimas e incluso, como vemos en nuestros días, son el escenario de guerras.

La religión debe ser algo que contribuya a la felicidad del individuo; algo que le construya como persona; algo que no evoque la figura de un juez implacable; algo que ayude a que el individuo se

libere de sus ataduras y de las que le puedan imponer los demás; algo que pueda presentar a la humanidad un elenco de valores que el ser humano entienda racionalmente, en los que no hay contradicción entre la teoría y la práctica; algo que no sólo intelectualmente sea asumible, sino que también pueda guiar la acción humana.

En conclusión, podemos observar que Stuart Mill hace una valoración más serena, aposentada y positiva de la religión en su relación con el individuo y con el desarrollo de la libertad de éste. Es más, Mill entiende que la religión puede colaborar positivamente en la búsqueda de un ideal moral. Con ello se está diferenciando claramente de su padre James Mill quien entendía que la religión cercenaba la capacidad de pensamiento y de ideas en los individuos. Así, la propuesta de Stuart Mill de una Religión de la Humanidad tiene todo lo positivo que pueda tener cualquier religión que postula la dignidad del ser humano, la satisfacción de sus necesidades, la defensa de una vida digna y que pueda desarrollarse convenientemente, todo ello bajo el auspicio de los gobiernos; pero tiene como aspecto que queda abierto, el de la fe. Fe que Stuart Mill no alcanza porque no tuvo tal experiencia.

BIBLIOGRAFÍA

- MILL, J. S., *Essays on Ethics, Religion and Society* en *Collected Works of John Stuart Mill* (ed. J. M. Robson), vol X, Toronto, University Press, 1981.
- , *La Utilidad de La Religión*, Madrid, Alianza, 1986.
- , *Autobiografía*, Madrid, Alianza, 1986.
- , *El Utilitarismo*, Madrid, Alianza, 1984.
- ROBSON, J. M., *Collected Works of John Stuart Mill*, vol. X (ed. J. M. Robson), Toronto, University Press, 1981.